

Jonathan D. Smele, *The "Russian" Civil Wars* (Londres & Nueva York: Hurst / Oxford University Press, 2016);  
Éric Aunoble, *La Révolution russe, une histoire française* (Paris: La Fabrique, 2016);  
Mark D. Steinberg, *The Russian Revolution* (Londres & New York: Oxford University Press, 2017);  
S.A. Smith, *Russia in Revolution: An Empire in Crisis* (Londres & New York: Oxford University Press, 2017);  
Sean McMeekin, *The Russian Revolution: A New History* (New York: Basic Books, 2017);  
Vicente Blasco Ibáñez, *La Revolución Rusa de 1917* (Madrid: Silex, 2017);  
León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa* (Santiago: LOM, 2017);  
Yuri Slezkine, *The House of Government: A Saga of the Russian Revolution* (Princeton & Oxford: Princeton University Press, 2017).

RESEÑA

## LECTURAS DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Patricio Tapia

**C**on admirable desapasionamiento, los egiptólogos pueden disertar sobre un mundo de hace tres mil años, un mundo animado por fuerzas misteriosas, de obras colosales al costo de una esclavitud despiadada, una era en la que los dioses están presentes, encarnados en sus faraones, con interludios monoteístas y arrebatos iconoclastas de adversarios implacables. El paso del tiempo, un largo tiempo, ha limado todas las asperezas de esos delirios, sufrimientos y esperanzas. Tal vez sea posible que algún día se pueda hablar de la Revolución Rusa como se habla del Antiguo Egipto.

Eso aún no ocurre. Por una parte, los sucesos no son tan lejanos: apenas cien años; por otra, ellos despertaron tales vehemencias ideológicas que condujeron a una suerte de cosmovisiones en competencia y luego a la división geopolítica del planeta (los gobiernos comunistas cubrieron un tercio de la superficie terrestre), siempre amenazado con

---

PATRICIO TAPIA. Crítico. Estudió derecho para luego dedicarse al periodismo cultural.  
Email: patricio.tapia.ptp@gmail.com.

la dominación o la destrucción mutua cuando la guerra dejara de ser “fría”. Los hechos de 1917 moldearon la historia mundial del siglo XX.

Aunque la caída de la Unión Soviética (1989-1991) pudo llevar a pensar que el examen de la revolución sería un ejercicio arqueológico, como la egiptología, el interés en ella ha sido constante y se vio acrecentado en años recientes por la llegada de su centenario. Justamente esta conmemoración impulsó la publicación de un conjunto de libros nuevos o nuevas ediciones de textos ya existentes sobre el tema. Los autores van desde testigos o participantes (Trotski, Blasco Ibáñez) hasta estudiosos que abordan diversas perspectivas de la revolución (Smele, Aunoble, Slezkine) o bien otros que, después de haberse ocupado de dimensiones específicas de ella, entregan ahora sus obras generales o de síntesis (Steinberg, Smith, McMeekin). Gran parte de estos autores evitan el error que señalaba León Trotski en el prólogo de su *Historia de la Revolución Rusa* (Santiago: LOM, 2017): intentar presentarse como absolutamente neutrales.

La indiferencia, por supuesto, no ha sido la característica distintiva de algunos de los historiadores más destacados de la revolución. Si están las claras inclinaciones de los ya clásicos E. H. Carr (a favor) y Leonard Schapiro (en contra), la cercanía del centenario trajo al lector en castellano la obra de un firme detractor, Richard Pipes, con la traducción de su imponente *La Revolución Rusa* (1990; Debate, 2016), que a pesar del tiempo transcurrido y de su ardorosa reprobación de la revuelta bolchevique y su legado, posiblemente, sigue siendo la mejor historia política del período.

Tomas de posición semejantes están presentes también en las obras más nuevas. Si Pipes rechazaba la perspectiva de la revolución como resultado de movimientos sociales y la veía como un golpe de Estado, Sean McMeekin en su “nueva” historia, *The Russian Revolution: A New History* (New York: Basic Books, 2017), concuerda y profundiza en esa línea; como Pipes, su enfoque es abiertamente anticomunista; a diferencia de Pipes, para quien la revolución reflejaba la descomposición de la autocracia zarista basada en una tradición centenaria de colectivismo y régimen patrimonial, McMeekin no ve casi diferencias entre el imperio ruso y sus equivalentes europeos, sino una confluencia de infelices casualidades.

En sus respectivas obras —ya se entrará en más detalles sobre ellas—, Stephen Smith y Mark Steinberg reflexionan sobre el legado de la revolución de manera menos negativa y lúgubre. Steinberg confiesa alguna simpatía y apego emocional a cierto altruismo revolucionario como una posible inspiración; llega a preguntarse si despertaran de entre los muertos “los idealistas de aquellos días”, si ellos podrían reconocerse en las protestas del mundo actual. Smith, por su parte, en el probablemente más acabado, reflexivo y sensato de los nuevos libros, concluye que la revolución planteó “cuestiones fundamentales sobre justicia, igualdad y la libertad” que aún están presentes. A pesar de que la revolución y la guerra civil provocaron grandes calamidades para el pueblo ruso, sostiene que no se comprenderá el año 1917 “si no hacemos un esfuerzo imaginativo por recuperar la esperanza, el idealismo, el heroísmo, la ira, el miedo y la desesperación que lo motivaron: el ardiente deseo de paz, el profundo resentimiento de un orden social dividido entre los que tienen y los desposeídos, la ira ante las injusticias que atravesaron la sociedad rusa”.

Mientras más cercanos a los hechos, más explicables son las inclinaciones. El escritor español Vicente Blasco Ibáñez demuestra no simpatizar en absoluto con el movimiento obrero en *La Revolución Rusa de 1917* (Madrid: Silex, 2017), libro recientemente editado en base a su gran reportaje sobre la Primera Guerra, una de sus obras mayores y a la vez más desconocidas. Su interés por el tema fue circunstancial y determinado por la inmediatez. Blasco Ibáñez estaba recién de vuelta de su aventura americana —por Argentina, con un rotundo fracaso— para instalarse en París cuando estalla la Primera Guerra Mundial. Decide emprender una obra ambiciosa y exhaustiva —que luego se conocería como *Crónica de la Guerra Europea de 1914*— que gozó de mucho éxito, por su información detallada y acuciosa, por la variedad de sus testimonios. Durante el conflicto fue publicando su “crónica” por fascículos coleccionables usando su propia editorial, llegando a configurar una obra de nueve tomos, de la cual ahora el ensayista José Manuel Lechado ha extraído el material dedicado a la Revolución Rusa: los sucesos desde marzo de 1917 hasta los primeros meses de 1918, contemplando información útil (como cuadros sobre el reparto etnográfico o religioso de la población rusa) a la vez que comentarios llamativos, como, por ejemplo, la primera aparición de un tal Lenin.

Junto con lo anterior, la Revolución Rusa tiene la curiosidad de que uno de sus historiadores tempranos más importantes fue también uno de sus protagonistas: León Trotski. Además de ser una figura central en la organización de la Revolución Rusa, él estuvo en lo más alto del poder soviético entre 1917 y 1925, como Comisario de Asuntos Exteriores (firmará el Tratado de Brest-Litovsk) y luego Comisario de Guerra (encargado de la creación y dirección del Ejército Rojo).

Después de la guerra civil, sin embargo, Trotski entró en conflicto con otros dirigentes y tras sus diversos intentos de oponerse a la burocracia partidista dejó los asuntos de gobierno, fue expulsado del Partido, deportado en 1928 a la ciudad de Alma-Ata (Kazajistán) y, en 1929, expulsado de la Unión Soviética. Justamente su *Historia de la Revolución Rusa*, iniciada en 1929 y terminada en 1932, fue escrita en el exilio en una isla de Turquía. Casi apenas publicada apareció en castellano, pues en los años veinte vivió en Rusia el sindicalista marxista español Andreu Nin, quien trabajaría junto a Trotski y, al tomar partido por éste, también fue expulsado del país. Su relación con Trotski variará hasta la ruptura, pero cuando fue cercana tradujo varios de sus escritos, entre ellos, la *Historia de la Revolución Rusa*, recuperado en 2017 por la editorial chilena LOM.

El libro de Trotski tiene muchas virtudes, no siendo la menor su estilo trepidante, con aceleraciones y reposos, como la transcripción de una narración. Su historia comienza con las peculiaridades del desarrollo de Rusia, los efectos de la guerra y de la decadencia del zarismo, para terminar con los eventos de 1917: la revolución de febrero, las jornadas de julio y, finalmente, la conquista del poder en octubre. En su relato, el bolchevismo aparece como una agrupación viva, con luchas y crisis internas, no el cuerpo monolítico que presentó el estalinismo posterior. No obstante su cercanía y su experiencia de primera mano (o quizá por ellas), Marc Ferro afirmaría que Trotski falsea en parte su papel, disminuyendo su protagonismo. Que tanto Trotski como Nin murieran asesinados por el estalinismo indica que ésta no sería una historia con final feliz.

#### VAIVENES DE LA HISTORIA

Entre la visión enaltecedora de la Revolución de Octubre —como una grandiosa sublevación, históricamente inevitable, impulsada por el proletariado para que una vanguardia comunista lograra establecer

finalmente una sociedad sin clases— y la visión acusatoria —un período de caos y perturbación, del cual se aprovechó un grupo oportunista confabulándose para tomar el poder y más tarde desatar un reino de terror— hay varias posibilidades intermedias y muchas de ellas fueron adoptadas.

Es probable que en cada país del mundo se pudiera compendiar las distintas percepciones en la recepción de la Revolución Rusa. De un país concreto, Francia (por lo demás muy importante en cuanto destino de muchos rusos exiliados tras el triunfo e instalación soviéticos), se ocupa la cautivadora investigación de Éric Aunoble *La Révolution russe, une histoire française* (París: La Fabrique, 2016). El autor examina no sólo la historiografía, sino que también las polémicas ideológicas y culturales que han entrado en juego a partir de la Revolución Rusa, vinculadas a su vez a los cambios tanto en la política como en los ámbitos académicos.

Desde el principio, la percepción dominante entre los franceses de los hechos fue una visión más bien negativa de los bolcheviques, una percepción vista por el prisma de la guerra (y el enemigo alemán). Los historiadores tardaron en retomar el tema las dos décadas siguientes. Se acercaron a través de testimonios de quienes participaron o bien a través de polémicas. Los conservadores vieron la revolución como un golpe antiliberal, mientras que alguna izquierda tomó una línea antibolchevique que reproducía el punto de vista menchevique y su crítica a Lenin. Ambas perspectivas fueron contrarrestadas por el Partido Comunista Francés (PCF), mediante historias de la revolución encargadas por el Kremlin, en las que se enfatizaba la centralidad del partido bolchevique en el proceso revolucionario, aislando las opiniones divergentes. El valor de tales obras solía ser insignificante, pero el PCF logró moldear su lectura de la revolución.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el filosovietismo favorece la acción del PCF, uno de cuyos miembros, el historiador Jean Bruhat, publica un libro de divulgación, marcado por un fuerte determinismo. Por el otro bando, intelectuales anticomunistas como Raymond Aron y Boris Souvarine endurecerían los sentimientos antibolcheviques existentes sin ampliar el alcance del debate.

A diferencia de los Estados Unidos, en que la Guerra Fría inspiró una nueva generación de historiadores soviéticos y departamentos es-

pecializados, en Francia eso no ocurrió. Una de las razones habría sido la popularidad de los métodos de los *Annales*, pues, según Aunoble, un enfoque de larga duración no era muy adecuado para analizar esos temas. Algo distinto ocurría en la cultura popular y Aunoble presta bastante atención a las representaciones de la revolución en novelas y películas. Mientras en el período de entreguerras esas representaciones exhibían inclinaciones ideológicas, desde la década de los cincuenta se fueron despolitizando, sirviendo Rusia como un telón de fondo para sus tramas.

En las décadas siguientes, el inicio de la “desestalinización” y el acceso a los archivos soviéticos permitieron a académicos como Marc Ferro y François-Xavier Coquin modificar las explicaciones ideológicas. El giro hacia esta “historia verdaderamente científica” ocurrió cuando el Partido Comunista Francés también estaba perdiendo su control sobre la izquierda por los acontecimientos de 1968, un cambio que llevó a la izquierda a abandonar el estalinismo por el maoísmo y a un interés en el Tercer Mundo.

Con el colapso de la Unión Soviética el campo de estudios sufrió otro cambio. François Furet, Nicolas Werth y Stéphane Courtois avanzaron en una crítica en la que no sólo detectan el germen totalitario en el comunismo, sino que además profetizan la deriva de toda revolución en crímenes masivos. Estos argumentos trajeron comparaciones entre fascismo y comunismo, insistiendo en que la premisa ideológica de éste había sido totalitaria de origen. La Revolución Rusa se convirtió en un “crimen” (palabra muy usada por Furet) para abarcar todo el sistema soviético, no sólo el estalinismo.

Oscilaciones no muy distintas han ocurrido en los países de lengua inglesa. Como en Francia, también en ellos los estudios sobre el mundo soviético como disciplina académica se desarrollaron mayormente desde la década de los sesenta en adelante, alcanzando su punto más alto en las décadas de los ochenta y noventa, pues la apertura y posterior caída de la Unión Soviética permitieron el acceso a material de archivo previamente imposible de consultar. Esa generación de historiadores, aunque no simpatizaran necesariamente con los bolcheviques, confirmaron la amplitud y profundidad popular de los levantamientos de 1917. En una serie de estudios que pusieron la mirada más allá de los acontecimientos en San Petersburgo y Moscú se analizaron las actua-

ciones y roles de determinados grupos (trabajadores de las fábricas, los campesinos, los soldados); se descubrieron desarrollos revolucionarios en las áreas no rusas del imperio donde las demandas sociales y económicas se mezclaron con las demandas de liberación nacional; finalmente, también se incorporaron al análisis elementos de orden simbólico o cultural.

Todas estas aproximaciones (en general consideradas como historia social, una de cuyas más destacadas representantes es Sheila Fitzpatrick) fueron cuestionadas por las interpretaciones que se centraron casi exclusivamente en la naturaleza conspirativa del “golpe de octubre” y en el papel del violento terror rojo en la consolidación del gobierno revolucionario, la más ilustre de las cuales fue la de Pipes. Él sostuvo la ilegitimidad básica de la toma del poder por parte de los bolcheviques. Argüía contra la visión soviética, pero también contra los historiadores sociales que se habían opuesto a la caracterización de la Revolución de Octubre como un “golpe” (según ellos, en los meses cruciales de 1917, los bolcheviques habían logrado un apoyo popular mucho mayor). Pipes ni siquiera los mencionó en su libro.

La historia social, sin embargo, se haría presente en una obra de conjunto muy poco después de la de Pipes: *La Revolución Rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo* (1996; Edhasa, 2000), de Orlando Figes, la que, si bien no agrega casi nada al relato político de Pipes, incorpora al “pueblo ruso”, trazando, por cierto, el dibujo de una “tragedia”: un movimiento inicialmente liberador transformado en una pesadilla totalitaria.

### TRES ACERCAMIENTOS

Transcurrido un cuarto de siglo (un poco más, un poco menos) desde los libros de Pipes y Figes, las distintas tensiones y las distintas interpretaciones de la historia política y social en torno a la revolución persisten en tres obras que pretenden entregar una visión de conjunto, aparecidas en razón de su centenario: los libros de Mark Steinberg, S. A. Smith y Sean McMeekin.

Si bien no se contaba entre los historiadores sociales que se opusieron a Pipes en las controversias de los setenta y ochenta, pues sus trabajos son posteriores, la labor de Mark Steinberg se podría inscribir

en ese campo, con libros previos sobre la imaginación proletaria y sobre las “voces” revolucionarias. Su libro más reciente, *The Russian Revolution* (Londres & New York: Oxford University Press, 2017), plantea una historia de la revolución como una conjunción de experiencias en un período de experimentaciones que cruzaban naciones y clases. El objetivo que se propone es explorar el significado de la “libertad” de 1917 y, para lograrlo, exhuma numerosas “voces” que presentan perspectivas diversas, imagina incluso que podemos caminar por las calles durante esos primeros meses de revolución y hablar con esa gente: los obreros, las mujeres, los campesinos, los soldados. El autor mira momentos conocidos: la Revolución de 1905, el estallido de la Primera Guerra en 1914, las revoluciones de 1917, parte de la guerra civil, pero refractados a través de esas personas o a través de lugares (por ejemplo, “la calle”). Analiza la violencia popular y cómo la prensa vio la “oscuridad” de esos tiempos. En otro apartado se centra en una narración de la revolución a través de una serie de retratos de determinados protagonistas. Algunos son más familiares, como Trotski, la feminista Alexandra Kollontai, el escritor judío Isaac Babel o el poeta Vladimir Mayakovski, pero otros lo son menos, como el activista musulmán uzbeko Mahmud Khoja Behbudi o el intelectual socialdemócrata ucraniano Volodymyr Vynnychenko. La idea es, a través de ellos, arrojar alguna luz sobre cuestiones de nacionalidad, religión e identidad étnica en las distintas partes del Imperio Ruso.

El caleidoscópico estudio de Steinberg sobre la “experiencia vivida” se basa en parte importante en la prensa popular contemporánea y en los informes de gente que estuvo allí. También en libros poco conocidos, como *Revolución y cultura* (1917), del escritor simbolista Andréi Bely, que describe el ímpetu revolucionario como una fuerza de la naturaleza: un manantial, una nube o un trueno.

Un segundo autor, abocado a la historia social (aunque no implicado en las polémicas estadounidenses, porque es inglés), es S. A. Smith, quien cuenta con libros previos sobre los trabajadores fabriles en Petrogrado, una historia comparativa entre las revoluciones en Rusia y China, entre otros. En *Russia in Revolution: An Empire in Crisis* (Londres & New York: Oxford University Press, 2017) entrega un libro presidido por una imparcialidad no aséptica, matizada por el juicio equilibrado y el rigor intelectual, evaluando la evidencia, sopesando puntos de vista.



En su introducción escribe: “[He] tratado de evitar la moralización y escribir con simpatía sobre aquellos por quienes siento cierta aversión y, a la inversa, escribir críticamente sobre aquellos a los que estoy más positivamente dispuesto”. El autor coloca la Revolución de 1917 en un campo histórico más amplio que se extiende desde 1890 hasta la consolidación del ascenso de Stalin al poder en 1928. Para él, las raíces de las revoluciones de 1905 y 1917 estaban en el choque entre la presión modernizadora de la sociedad rusa y la barrera representada por el régimen zarista. La Revolución de Octubre fue consecuencia tanto del fracaso reformista como de la presión de la Primera Guerra Mundial. Smith centra su libro en el ámbito social y económico, más que en el político e individual, aunque destaca la importancia de Lenin.

La dimensión imperial es otro de los logros de Smith, analizando eventos más allá de las calles de Petrogrado o Moscú. Sus perspectivas geográficas y sociales son amplias: entrega una idea de lo que pasaba en lugares como Ucrania y ciudades como Bakú y Lodz; y observa a distintos sujetos: las mujeres, los campesinos y las minorías nacionales. De esta manera, se ocupa de cómo se desarrolló el apoyo inicial de los bolcheviques al derecho a la autodeterminación: trece nuevos Estados se crearon fuera de Rusia entre octubre de 1917 y diciembre de 1918; en noviembre de 1917, ellos invitaban a los musulmanes a “ordenar su vida nacional ‘de forma libre y sin obstáculos’”. Pero también Smith señala lo que no funcionó al respecto: cómo, por ejemplo, tuvieron que mantener a Ucrania por medios militares y no políticos.

El libro examina la revolución, pero también su preludio y sus secuelas, de manera que resulta ser una introducción inmejorable no sólo a la historia revolucionaria, sino también al zarismo tardío, la guerra civil (para él, entre 1918-21) y los años de la Nueva Política Económica (o NEP, por su nombre original: *Nóvaya Ekonomícheskaya Polítika*, 1921-28), el período en que los bolcheviques permitieron temporalmente, sin sentirse del todo cómodos, que la “anarquía del mercado” desempeñara un rol en la economía. El autor atribuye a los bolcheviques logros como mejoras en los niveles de vida de trabajadores y campesinos, los esfuerzos emancipatorios respecto de las mujeres y las minorías nacionales, una reforma radical de la educación y el gran aumento en la alfabetización de adultos, por ejemplo. En su recuento del período de surgimiento y desarrollo del Estado soviético durante la guerra civil y

los años que siguieron, Smith critica a los historiadores que ven al totalitarismo como algo inherente al bolchevismo y la violencia de guerra civil como una estrategia deliberada para imponer una dictadura. Si no escatima detalles de la violencia roja, la ve en parte como una reacción a la violencia blanca contrarrevolucionaria.

Una tercera aproximación es la de Sean McMeekin en su mencionado libro *The Russian Revolution: A New History*. Si la Revolución Rusa se representa típicamente como el resultado inevitable del levantamiento de un sector más o menos amplio de la población debido a la convergencia de una serie de circunstancias: un zar incompetente, la guerra mundial, el hambre relacionada con la guerra y la industrialización inconclusa, McMeekin no cree en casi nada de eso. Lejos del desastre sin esperanza que refiere la mayoría de las historias, la economía de Rusia, señala, estaba creciendo antes de la guerra a una tasa del 10 por ciento anual (la compara con China en el siglo XXI). La hambruna anterior a la revolución como resultado de la guerra, dice McMeekin, fue insignificante, según las estadísticas económicas; la verdadera hambruna sería después, con el Terror Rojo, alcanzando su punto más alto en 1921. El hecho fundamental de Rusia en 1917 es que “era un país en guerra” y resulta que se estaba desempeñando bien en el campo de batalla después de los contratiempos de 1915, en que perdieron territorios. “A pesar de los dolores del crecimiento, el desarrollo económico desigual y las agitaciones del fervor revolucionario, la Rusia imperial en 1900 era una empresa en funcionamiento, su propio tamaño y poder eran motivo de orgullo para la mayoría, si no para todos los súbditos del zar”. Éste, Nicolás II, usualmente caracterizado como un inepto, es en parte rehabilitado, siendo su error fundamental, de acuerdo a McMeekin, confiar en sus consejeros liberales, que lo instaron a ir a la guerra y luego conspiraron para sacarlo del poder.

La “nueva historia” de McMeekin traza la historia de Rusia desde el ascenso de Nicolás II hasta 1922. El autor quiere “redescubrir la revolución tal como ocurrió en tiempo real, desde la perspectiva de actores clave que no sabían, mientras actuaban, cómo seguiría la historia”. En cuanto investigador, sus intereses tienden hacia los aspectos políticos, diplomáticos, especialmente militares (su tema principal es el curso de acción de Rusia en la Primera Guerra Mundial) y de relaciones internacionales, aunque su libro es particularmente interesante en los

temas económicos. Pero el enfoque de McMeekin resulta ser demasiado estrecho, evitando el análisis de las fuerzas sociales y políticas más profundas requeridas para cualquier estudio amplio de la revolución: desde la gran extensión de su territorio hasta la situación de un conjunto de sujetos (como Pipes, él omite en su bibliografía toda historia social salvo la de Figs). El anticomunismo de McMeekin es evidente en todo el libro y a veces parece pasado de revoluciones (si la expresión es válida). Dos ejemplos: en la introducción previene contra un “gusano político”, el retorno de Marx basado en las tesis del economista Thomas Piketty, así como en la popularidad de “abiertoamente declarados” socialistas como el que fuera candidato presidencial a los Estados Unidos, Bernie Sanders; hacia el final entrega la advertencia sobre el hecho de que “la popularidad del socialismo maximalista al estilo marxista está volviendo a crecer en los Estados Unidos y otros países ‘capitalistas’”.

Los distintos puntos de vista de estas tres historias entregan distintas respuestas a una serie de discusiones y controversias: por ejemplo, la “inevitabilidad” de la revolución. Para Smith no había nada predestinado en relación con el colapso de la autocracia zarista. Lo mismo opina McMeekin. Pero mientras Smith privilegia los procesos históricos a gran escala (económicos, sociales y políticos) por sobre los actores individuales y las circunstancias contingentes, el enfoque de McMeekin sugiere que la revolución se trata menos de tales procesos que del oportunismo. En ocasiones, su firme rechazo del determinismo histórico parece una reacción excesiva a la ortodoxia marxista. Probablemente la revolución no era inevitable, pero exagera al minimizar factores de más largo plazo.

Las coincidencias y discrepancias de estas historias son tan demostrativas de sus perspectivas más generales, como las fechas finales por las que optan en sus recuentos. El tratado de Rapallo (entre Alemania y Rusia), en 1922, lo es para McMeekin. Para Steinberg es 1921, cuando aún no acaba la guerra civil y hay una especie de final abierto. Para Smith es 1928: la revolución está “suspendida” por la Nueva Política Económica. De esta suerte, Smith no considera el estalinismo (1928-53) como resultado necesario de la revolución. Al excluirlo de su relato presenta la “revolución desde arriba” de Stalin (1928-32) como una ruptura: el Primer Plan Quinquenal, la colectivización y la expropiación, la deportación o ejecución de los agricultores más prósperos no forman

parte del proceso. Smith sabe lo que viene después: el terror estalinista con su carga adicional de sufrimiento a los soviéticos y el sofocamiento de gran parte de los avances emancipatorios. Y sabiéndolo, su balance no puede ser sino sombrío, lo que no le impide una visión positiva (que comparte con Steinberg) del potencial liberador y del florecimiento de la actividad política democrática de masas que se desarrolló durante la revolución. La visión conservadora de McMeekin, en cambio, le impide ver en ella cualquier manifestación de idealismo o generosidad. En lugar de una sociedad en crisis al estallar la guerra, dirigida por un incompetente reaccionario que no está dispuesto a comprender la necesidad de un cambio, Rusia aparece a sus ojos como un coloso económico. La única falla del zar habría sido escuchar a los liberales, culpables de todo lo que ocurrió más tarde.

## HECHOS E INTERPRETACIONES

En su mayor parte, las crisis y movimientos, los sucesos, los nombres de personas y lugares son consistentes entre los relatos de los diferentes historiadores, pero debido a sus diversas perspectivas suelen dar diversas explicaciones e interpretaciones a la pregunta de por qué esos eventos sucedieron como sucedieron.

De esta suerte, los hechos serían básicamente los siguientes: un antecedente de 1917 fue la revolución de 1905, provocada por la represión del “domingo sangriento”, cuando la organización obrera en asambleas o sóviets llevó al zar a firmar un compromiso constitucional, que sería incumplido. Una contingencia crucial fue el estallido de la Primera Guerra Mundial, que exacerbó los problemas y creó las condiciones para un estallido de descontento popular con huelgas y motines. Rusia, ya convulsionada por su participación como aliada de Gran Bretaña y Francia en la guerra, experimentaría dos revoluciones en 1917. La primera, en febrero, resultó en el derrocamiento del zar Nicolás II y la instalación de un Gobierno Provisional que compartía el poder entre los socialistas (divididos en moderados y extremos) y las llamadas facciones “burguesas”. La segunda, en octubre, fue esencialmente un golpe fomentado por los bolcheviques y Lenin. Entre ambas revueltas, se produjeron las llamadas “jornadas de julio”, en las que soldados y

obreros se manifestaron para la toma del poder, pero los bolcheviques no actuaron entonces.

En cuanto a los orígenes de la Revolución Rusa, a menudo se atribuyen al atraso del país. Trotsky refiere en su historia su lento desarrollo, el atraso económico, el primitivismo de las formas sociales y el bajo nivel de cultura. Pero, argumenta, fue precisamente el impacto de la modernización y desarrollo desigual lo que ayudó a sentar las bases de la crisis zarista y la aparición de nuevas fuerzas sociales. Smith y Steinberg ofrecen un análisis detallado de este proceso de cambio social, el crecimiento de la organización de los trabajadores y la forma en que la idea de “poder soviético” se desarrolló desde “abajo”. Steinberg observa el uso generalizado del lenguaje de clase entre los trabajadores para articular y expresar sus puntos de vista.

Suele considerarse la primera revolución de 1917, la de febrero, como la auténtica, aparentemente más pacífica y que habría surgido de protestas espontáneas y logrado un gobierno aceptado. McMeekin cree que fue casi un accidente, prácticamente determinado por el clima: un día menos frío. Con ella, durante unos meses, Rusia fue uno de los países más libres del mundo: el Gobierno Provisional acabó con la pena de muerte, la deportación y la policía secreta; se proclamó igualdad de derechos para todos; hubo libertad de prensa y reunión. El creciente apoyo para los bolcheviques se basaba en que ellos se opusieron a la guerra, a la vez que exigían tierras para los campesinos y el control de las fábricas por los trabajadores.

Uno de los aspectos en que los puntos de vista suelen dividirse es en relación a cómo se considera la toma del poder por los bolcheviques en octubre: como una insurrección apoyada popularmente o como un golpe de Estado. Durante las “jornadas de julio”, con Kérenski como jefe del gobierno, los bolcheviques quedaron bajo sospecha por intentar derrocar la revolución. Kérenski no supo actuar y cometió el error de intentar tomar la capital. Lenin, Trotsky y otros bolcheviques planificaron deponer el Gobierno Provisional en octubre de 1917. McMeekin no tiene duda en considerarlo un golpe por parte de un grupo de conspiradores y, como su declarado maestro Pipes, apunta a Lenin prácticamente como un agente alemán (y aprovecha de despojarlo de su papel habitual como protagonista central). También Stephen Smith habla de “golpe” para describir los hechos de octubre, pero considera que no fue

una conspiración y que los bolcheviques gozaron de un apoyo masivo cuando el Gobierno Provisional casi no lo tenía. Según Smith, el derrocamiento fue disfrazado como una operación defensiva contra los “planes contrarrevolucionarios” del Gobierno Provisional. En su historia, Trotski señala algo parecido: el fingimiento defensivo del atacante. La toma del poder en San Petersburgo encontró muy poca resistencia, y algo mayor en Moscú.

La justificación era entregar “todo el poder a los sóviets”, pero pronto los bolcheviques lo monopolizaron, si bien la participación de algunos socialistas revolucionarios evitaba que aparecieran como una dictadura de partido único. A fines de 1917, con gran participación popular, se realizaron las elecciones para una nueva Asamblea Constituyente, en que la mayoría fue obtenida por los Socialistas Revolucionarios, en tanto que los bolcheviques lograron un poco más de la mitad de su apoyo. La asamblea se reunió en enero de 1918, pero fue clausurada por los bolcheviques. La democracia fue efímera, la supresión de ella fue una de las razones, entre otras (la firma del tratado de Brest-Litovsk con Alemania, fue otra), que desencadenó la guerra civil.

## GUERRAS CIVILES

La Revolución Rusa podría entenderse también como un conjunto de revueltas, guerras civiles y nacionales. Las revoluciones de febrero y octubre de 1917 fueron inicialmente urbanas, pero también hubo unas rurales y regionales, además de una serie de revoluciones nacionales antiimperialistas de minorías no rusas en la periferia del imperio. Todas ellas se vincularon. Normalmente se habla de un conflicto armado múltiple que tuvo lugar entre 1917 y 1922. Pero Jonathan D. Smele, en *The “Russian” Civil Wars* (Londres & Nueva York: Hurst / Oxford University Press, 2016), sostiene que fueron varias guerras y no una, y que cubren un período mayor. Su tesis es que, incluso en los relatos más amplios sobre la era revolucionaria, la guerra civil recibe una atención inadecuada como un apéndice de la Revolución de 1917, mientras que la guerra civil fue, de hecho, un componente decisivo.

Todo esto es un proceso complejo, difícil de narrar y eso es lo que intenta Smele. Su relato comienza en Asia Central: el levantamiento en el verano de 1916 de los “basmachí” contra un intento de movilizar a

los hombres para la guerra marcó el inicio. Este levantamiento fue reprimido por una fuerza expedicionaria del ejército zarista, que resultó en la muerte de alrededor 50.000 civiles, junto con la destrucción total de aldeas y tierras. No fue sino una década después, ocasión en que el último de los rebeldes “basmachí” luchó cerca de la frontera afgana, cuando se completó la pacificación de la mayoría de las regiones de lo que se había convertido en la Unión Soviética.

El autor destaca las continuidades entre los períodos anteriores y posteriores a 1917, más que las discontinuidades. Su trabajo busca mostrar que no fueron “diez días” de 1917 (según la fórmula de John Reed) los necesarios para la toma del poder de los bolcheviques, sino “diez años” de conflictos. Las facciones “roja” (bolchevique) y “blanca” (antibolchevique) se involucraron en estas guerras, pero las razones por las que lo hacían no se pueden reducir a la disyuntiva “revolución” y “contrarrevolución”. Tanto el ejército rojo como los ejércitos blancos sufrieron las acciones de guerrillas campesinas, el llamado ejército verde, compuesto por campesinos que rechazaban el reclutamiento en ambos ejércitos y las requisas forzadas. Por otra parte, los pogromos y la cuestión judía reciben atención (los peores pogromos ocurrieron en 1918-19). El libro entrega en cada página mucha información y sus notas (más de 900, una cuarta parte del texto) contienen suplementos indispensables. Es una completa historia de las guerras que convulsionaron el imperio ruso durante esa década de complejos conflictos entrelazados.

Es un misterio cuántas muertes, la mayoría de hambre, frío y enfermedad (tifus, gripe española), produjeron todas estas guerras civiles. Smele indica que tan sólo entre 1917 y 1921 fueron unos 10,5 millones de personas las que perdieron la vida.

## EL FIN DE UNA SECTA

Para comprender el triunfo y la tragedia de la Revolución Rusa, la publicación de Yuri Slezkine *The House of Government: A Saga of the Russian Revolution* (Princeton & Oxford: Princeton University Press, 2017) es la más impresionante, la más novedosa, la más estimulante y probablemente la más discutible de las historias. Su libro es el estudio de un culto apocalíptico, porque, según su autor, el bolchevismo (y su

origen: el marxismo) constituye algo así como un movimiento religioso milenarista. Su rango de tiempo cubre desde los revolucionarios clandestinos en Rusia antes de 1917 hasta las grandes purgas de los años 30 y 40, en que murieron muchos de esos antiguos revolucionarios.

Lo curioso, lo sorprendente, es la forma en que Slezkine lleva a cabo su trabajo. En algún momento describe su obra como una especie de “saga familiar”, y, efectivamente, tiene algo de novela decimonónica, aunque su modelo literario más claro (según demuestra uno de sus epígrafes) probablemente es *La vida, instrucciones de uso* (1978), de Georges Perec, la novela que observa a los habitantes de un bloque de departamentos en París, como en un corte transversal al edificio. Porque para explicar cómo se configuró la situación rusa el autor decidió un acercamiento microscópico a un lugar concreto: la “Casa de Gobierno”, también conocida como “Casa del Malecón”, un enorme complejo residencial diseñado a finales de 1920 por el arquitecto Boris Iofan.

No deja de ser arriesgado pretender dar cuenta del auge y caída del bolchevismo a través de la historia detallada de un edificio y sus residentes. Construido a orillas del río Moscú, casi enfrente del Kremlin, era moderno, incluso lujoso en su época. Estaba destinado principalmente a albergar a altos funcionarios del gobierno soviético y consistía en más de 500 departamentos. Sus inquilinos comenzaron a mudarse allí en 1931 y pronto serían más de 2.500. Entre los 700 cabezas de familia, había viejos bolcheviques y sus esposas, hijos, pupilos y toda una gama de familia extendida no siempre de manera convencional. Iban desde periodistas que cubrieron acontecimientos importantes a funcionarios culturales, ministros, expertos en temas internacionales y héroes militares. La vida familiar, por su lado, era variopinta: podían vivir muy cerca la ex esposa e hijos con la nueva esposa e hijos; muchas familias tenían hijos adoptados que podían haber sido rescatados de una hambruna propia de las guerras civiles o bien hijos de parientes o amigos arrestados o asesinados en las purgas, las que afectaron notoriamente a la Casa de Gobierno.

Hay tres tensiones en su libro, señala Slezkine: una “analítica” (el bolchevismo entendido como religión milenarista), a la que se suman una literaria y otra épica. El autor no es el primero en argumentar que el bolchevismo se entiende mejor como una forma de fe religiosa. Muchas veces el marxismo ha sido categorizado como una religión secular y el



bolchevismo, comparado con sectas fanáticas (en los años 20 Bertrand Russell lo comparó con el Islam), pero, en las manos de Slezkine, la analogía no es nunca burda y sirve para reflexiones de más amplio alcance. Dado que gran parte de la cosmovisión bolchevique se forjó mucho antes de la Revolución de Octubre, el autor profundiza en sus orígenes y difusión entre la intelectualidad rusa a finales del siglo XIX y principios del XX. Esta historia ocupa bastante de la primera parte del libro. Los bolcheviques envolvieron la fe en la lógica, como el marxismo fusionaba misticismo y racionalismo científico.

Al igual que otras sectas, los bolcheviques tuvieron una cohesión intensa, nacida de la persecución inicial: unidos en la cárcel, en el exilio, en los lugares escondidos de encuentro. La principal diferencia, sin embargo, fue que obtuvieron en una etapa temprana de su existencia un gran poder. Pero, a diferencia de otras religiones milenaristas, la secta bolchevique fue incapaz de propagar su fe más allá de la primera generación.

El libro de Slezkine es una obra de historia, sin duda, pero también una obra literaria. Además de un análisis del experimento bolchevique, es también una exploración del mundo espiritual de los primeros comunistas y una interpretación literario-cultural del bolchevismo: una serie de novelas, poemas y obras teatrales estaban en la educación sentimental de los habitantes del edificio, eran “clásicos” (Shakespeare, Balzac, Dickens, Heine) que suministraron el lenguaje y los conceptos a través de los cuales muchos de ellos comprendieron la realidad. Si leían muchísima literatura rusa y universal (y poco a Marx), no escribían menos: el libro sería imposible sin la gran cantidad de documentos personales que ellos dejaron: cartas, diarios, memorias.

La muestra es realmente fascinante. En el edificio vivieron, entre muchos otros: algunos parientes de Stalin, la familia de Nikolái Bujarin después de que éste fuera arrestado, un joven Nikita Jrushchov, Maria Denisova (la escultora que alguna vez fue musa del poeta Vladimir Mayakovski), Boris Zbarski (el embalsamador de Lenin), Boris Shumiatski (jefe de la industria cinematográfica soviética), Filipp Goloshchokin (encargado, en 1918, de la ejecución del zar y su familia), Matvei Berman (jefe del sistema gulag en los años 30). El lugar albergaba a los verdugos y a las víctimas de Stalin, categorías que en algunos casos podían llegar a coincidir.

Los inquilinos de la Casa de Gobierno fueron diezmados en la Gran Purga de fines de los años 30, lo que llevó al apodo de la “Casa de Detención Preliminar”. Agentes de la policía venían de noche por los cabezas de familia, sus departamentos eran sellados y la familia restante debía mudarse a otra parte del edificio, a veces con una familia en la misma situación, para finalmente ser desalojados. En el último tercio del libro, una oleada de detenciones, encarcelamientos y ejecuciones arrasa con muchas de las personas con las que el lector se había familiarizado. Según Slezkine, en los años 30 y 40, cerca de 800 residentes fueron desalojados de sus departamentos: 344 de ellos fueron fusilados y el resto, condenados a distintas formas de prisión. Los que sobrevivieron a esas purgas debieron intentar hacerlo a la Segunda Guerra Mundial: la Casa de Gobierno fue prácticamente vaciada después de los bombardeos y la proximidad de las tropas alemanas en 1941. Los residentes restantes fueron llamados al ejército o evacuados al Este; una quinta parte de ellos nunca regresó.

Slezkine en algún momento considera a la Casa de Gobierno como “un lugar donde los revolucionarios vinieron a su hogar y la revolución vino a morir”.

### LA REVOLUCIÓN, MORALEJA O ENIGMA

La revolución, despojada de los antiguos aires de grandeza que la vulgata marxista aportaba respecto a su supuesta necesidad histórica, luce menos como una fatalidad que como un accidente. Los bolcheviques finalmente triunfaron, pero a un alto precio: se reprimió la participación democrática y la violencia se convirtió en el modo de conducta usual. Las guerras civiles terminaron por destruir toda implicación popular y transformó a un partido de revolucionarios en una burocracia inflexible.

Dependiendo de la perspectiva del historiador, puede interpretar lo sucedido como una moraleja a enseñar: cuidado, éstas son las cosas que ocurren cuando se intenta cambiar el mundo; o bien como un enigma a dilucidar: ¿qué fue lo que ocurrió?, ¿qué es lo que se estropeó, para que una revolución recibida con entusiasmo por casi todo el pueblo ruso llegara en poco tiempo a poner a la “nación más libre del mundo” bajo una tiranía?

Por variadas que sean las perspectivas de las historias de la Revolución Rusa, todas ellas han de constatar que la dictadura del proletariado no llevó a la utopía comunista, sino al Estado policial paranoico y cruel del estalinismo. ¿Había una continuidad desde la revolución al gulag? Como señala Stephen Smith, es difícil, si no imposible, separar la comprensión de lo que realmente sucedió en 1917 de sus consecuencias: la creación de un Estado violento y represivo cuyo experimento del socialismo como sistema político y económico terminó en un oscuro fracaso. Pero, como sostiene también Smith, la Revolución Rusa fue motivada por el deseo de libertad; por de pronto, liberarse de la miseria y la opresión. Quienquiera que diga amar la libertad, debiera considerarlo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aunoble, Éric. *La Révolution russe, une histoire française*. París: La Fabrique, 2016.
- Blasco Ibáñez, Vicente. *La Revolución Rusa de 1917*. Madrid: Silex, 2017.
- Figes, Orlando. *La Revolución Rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo* [1996]. Barcelona: Edhasa, 2000.
- Pipes, Richard. *La Revolución Rusa* [1990]. Barcelona: Debate, 2016.
- McMeekin, Sean. *The Russian Revolution: A New History*. New York: Basic Books, 2017.
- Slezkine, Yuri. *The House of Government: A Saga of the Russian Revolution*. Princeton & Oxford: Princeton University Press, 2017.
- Smele, Jonathan D. *The "Russian" Civil Wars*. Londres & Nueva York: Hurst / Oxford University Press, 2016.
- Smith, S.A. *Russia in Revolution: An Empire in Crisis*. Londres & New York: Oxford University Press, 2017.
- Steinberg, Mark D. *The Russian Revolution*. Londres & New York: Oxford University Press, 2017.
- Trotsky, León. 2017. *Historia de la Revolución Rusa* [1932-33]. Santiago: LOM, 2017. *EP*

